

DIARIO DE VIAJE DE HEROLD.

[Colaboración extranjera.]

Se ha descubierto el diario de viaje, que escribió el compositor francés, Fernando Herold, relatando los episodios del que hizo á Viena en 1815, y comenzado en el momento en que marchó á Italia pensionado por el gobierno de su país. Un nieto del compositor, acaba de publicar una primicia de tal viaje, que acompañado de cartas y otros escritos del compositor, verá la luz próximamente.

El diario resulta entretenido y curioso; y como intervienen en él personajes músicos, que conoció y trató, íntimamente, el autor del mismo, cuenta hechos y sucesos, y entremezcla notas, poco conocidas unas, absolutamente ignoradas las más, bueno será extraer algunas que entretendrán agradablemente al lector.

Desde luego ésta. A poco de hacer representar Gluck su *Alceste*, encontróle un día un barón, gran aficionado á la música. —«Diga usted maestro»—le preguntó:—«¿podría usted decirme por qué hace usted cantar á sus diablos, cuando acechan á su víctima, precisamente como cantan nuestros capuchinos?»—«Señor barón,»—repuso Gluck:—«no son mis diablos los que cantan como capuchinos sino, precisamente, vuestros capuchinos los que cantan como mis diablos.»

Tiene relación, en cuanto al fondo, la anécdota anterior con la siguiente, porque en realidad, es una buena lección para los malos compositores de música religiosa. Al salir un día de la iglesia, despues de oír una obra del famoso Salieri, decíale un príncipe:—«Maestro, me ha gustado tanto la música que me ha sido imposible rezar»—«Alteza»—contestó Salieri—«la música de iglesia, cuando está bien hecha, reza por los que la escuchan».

Otras anécdotas sobre Gluck.

Preguntábasele en una ocasión, qué era lo que más estimaba en el mundo.

—Tres cosas. Respondió, inmediatamente el maestro: el dinero, el vino y la gloria.

—¿Cómo se entiende! anteponer el dinero y el vino á la gloria, no es posible!

—Maestro, usted se burla de nosotros.

—No por cierto, —añadió Gluck: «pongo ante todo el dinero, porque con dinero compro vino, que me exita para componer, y la composición me da algún título á la gloria; ya ven ustedes que no tiene pizca de exagerada mi afirmación.»

También se refiere la siguiente—como escribe el autor del diario de viaje—«á

nuestro gran Gluck.» Comía en casa del príncipe Lobkowitz. Al fin de la comida los criados presentan á los invitados un soberbio pastel servido en preciosa bandeja de plata. Cada comensal elogia el pastel.

—«Y usted, maestro»—dice el príncipe, dirigiéndose á Gluck—«¿por qué no dice usted lo que prefiere, el pastel ó la bandeja?»

—«La bandeja»—repone sin vacilar el interpelado.—Sorprendido el príncipe, replica:

—«Si usted es capaz de cargar con el pastel y la bandeja, suyos son.»

Gluck, sin decir una palabra, se levanta de la mesa, coge el pastel y la bandeja, que por cierto era descomunal, y se los lleva, triunfalmente, á su casa. A la mañana siguiente, Gluck contaba la anécdota á todo el mundo. «Auténtico» añade Herold.

Otra sobre el mismo célebre compositor. Terminado el poema *Eco y Narciso*, el autor del texto se lo entrega á Gluck para que lo ponga en música. El texto le desagradó á Gluck, y no tiene malditas las ganas de trabajar. El autor del texto suplica en vano: Gluck promete siempre pero no escribe nada. «Nuestro gran Gluck», —escribe Herold,—era muy apegado al dinero. Lo sabe el autor del poema, y ¿qué hace? Empeñado en pasar á la posteridad colaborando con Gluck, corre una mañana á su casa, y le pregunta:

¿Ha trabajado usted algo en nuestra ópera?

¡Vaya si he trabajado! He compuesto algunas piezas, pero todavía no las he escrito. Era mentira: Gluck no había compuesto ni escrito una sola nota.

—A propósito, maestro, repone el libretista: he olvidado decir á usted, que tengo la idea de cederle mis derechos de autor, cuando se represente la ópera, porque no me gusta andar en lios de propiedad literaria.

Tres días después, Gluck, tenía imaginado el plan de la obra, y se puso á trabajar de firme cuando el poeta le cedió, solicitado por Gluck, previo documento en forma, sus derechos de autor. Reflexión de Herold: El gran Gluck, como se ve, tenía ciertos flancos..... débiles.

Oyó Herold en Viena la *Planta encantada* de Mozart, y no hay que decir que salió encantado de la audición. Irritóle la estúpida traducción francesa de la ópera, «estúpida y mal hecha. Los *Misterios de*

SUMARIO.

Diario del viaje de Herold, Colaboración del Maestro Felipe Pedrell.—El solfeo modal en Francia y en México, por E. Gariel.—Pláticas pedagógico-musicales, por E. Gariel.—El origen del famoso vals *Quand l'amour meurt...* por Raul del Castillo.—La poesía en la historia, Testamento de Hernan Cortés, por M. R. Blanco Belmonte.—Unión Filarmónica de México.

Isis —añade— «son cómicos aquí, trágicos y estrafalarios en Francia, gracias á la malhadada traducción. La música es una pura delicia, y encantadores los *trios* de los genios. Lástima que canten tan desastrosamente mal. La obra no obstante, me ha parecido bien ejecutada, sobre todo por la orquesta que, como he observado á menudo, un día es excelente y otro desafiada á mas no poder. Aquel día, sin embargo me tocó en suerte... el día bueno»

Le complace á Herold, y halla muy natural, que los vieneses adoren á su maestro, el autor de *Joseph*, Mehul. Las óperas modernas que mas le gustan son las del abate Girowetz. Las de Weigl son obras maestras de forma en el arte de escribir, «pero no hallo en ellas lo que yo quiero, actualmente, en música. Son excelentes las piezas de conjunto, no cabe duda, pero ¿donde está el espíritu de la música italiana?» Confiesa que en otro tiempo ha dicho pestes de la música italiana, de la pobreza de su orquesta, y exclama: Pero ¿en qué consiste la riqueza de una música? ¿en el arte de exponer las ideas? ¿en las ideas mismas?

Traba Herold íntima amistad con Salieri, y cuanto más estudia sus obras, tanto más le atraen el artista y el hombre. Al decir de Herold, sin embargo, «el más bello ornato de Viena es Hummel». Es mucho afirmar viviendo, como vivía entonces, Beethoven. Y ved aquí lo que escribe sobre el autor de la *Novena Sinfonía*:

«Tengo una carta para él, pero no me atrevo á entregársela. Es, desgraciadamente, tan sordo y tan rudamente salvaje como su figura antipática. Le vi en una reunión. No quiso tocar, y no insistieron en la demanda, porque bien sabido es que, si no le daba la gana, no tocaría, así se lo pidiera el emperador de Marruecos. Dan aquí alguna vez una ópera suya, *Fidelio*, que he leído al piano: es, como toda su música, de una extrañeza descomunal». Como es de ver, Herold no sentía poco ni mucho á Beethoven, y se comprende. Sus adoraciones se dirigían todas, siempre, á Salieri, de quien se refiere esta anécdota que reproduzco para terminar.

Salieri había compuesto, muy joven y sin decirlo á nadie, una ópera, su primer ensayo en este género. Corría la época de